

a **Arturo**,  
que me metió este bendito veneno en el cuerpo.

a **Miguel Angel**,  
que me arrancó el sí un día en Sevilla.

a **Mercedes**,  
que compartió y soportó muchas horas de entrenamiento.

a **los otros maratonistas**,  
*Félix, Juan Carlos, Ricardo, Montse, Luis, Carmen, Andrés, Víctor ...*  
que compartieron entrenamientos y momentos pletóricos.

a **muchas compañeras y compañeros**,  
que alentaron con mensajes entrañables la consecución de este maratón

Noviembre de 1.997

*Alone for miles, for hours  
in his own world  
exhausted yet exhilarated  
his spirit is strong  
as he burst into the stadium*

**A**llá por Octubre de 1.992, un compañero de trabajo, Arturo, empezó a manifestar sus intenciones de “demostrar” como el decía, que un gordo y fumador podía correr una maratón. Este tema de una prueba tan tremenda era un asunto que yo tenía pendiente y muy relegado, aunque no olvidado, pero el paso del tiempo lo iba poniendo en un lugar más y más alejado de la realidad.

Arturo cambió su hora de comida en el trabajo por el deporte, comenzando a entrenar en un polideportivo cercano. Aquel año no llevó a efecto su “amenaza” debido a que las zapatillas que tenía no eran las adecuadas. Pero no cejó en su empeño, y al año siguiente, con unas zapatillas nuevas y con un entrenamiento durísimo, culminó su primera maratón por debajo de las cuatro horas. Fue un día lluvioso de Abril de 1.994 y yo lo único que hice fue asistir a la prueba en algunos puntos del recorrido, aplaudir y hacer algunas fotos. En el fondo, me emocioné: Arturo nos había demostrado que un gordo y fumador ... Aquel mismo día hice la intención de correr la maratón de Madrid al año siguiente.

No debió de ser muy en firme la intención. Al año siguiente Arturo corrió su segunda maratón de Madrid. Yo junto con el Sr. Martínez asistí a los comienzos de la misma, pero mientras los corredores acababan la prueba nosotros nos apretábamos un espléndido cocido gurriato en El Escorial. Vaya contraste.

En Octubre, tras las vacaciones de verano, Arturo siguió intentando convencernos para la causa. Miguel Angel y yo empezamos a cambiar la comida por el deporte, no solo carrera: tenis, gimnasio, padel, etc. Yo andaba rondando los 100 kilos de peso en esa época, que para mis 1,66 de altura eran demasiados. El primer día que corrí, unos trescientos metros que debe tener la vuelta al campo de fútbol del Barrio del Pilar, creí que me moría. Lo veía imposible, pero allí estaba Arturo animando y dando consejos: un rato andando, un rato corriendo y despacio, poco a poco

Casi sin darme cuenta culminé un día la vuelta completa al inolvidable circuito del Polideportivo del Barrio del Pilar: 1.400 metros con su cuesta arriba y su cuesta abajo. Poco a poco fueron subiendo las vueltas hasta cinco: ¡siete kilómetros!. Arturo había acumulado una gran experiencia en todo esto del correr y sus innumerables consejos sobre respiración, saliva, estiramientos, cadencia, etc fueron primordiales.

Por aquellos finales de Diciembre se celebraba en Madrid la San Silvestre Vallecana, en su versión popular. Eran casi 10 kilómetros por las calles de Madrid. Nos apuntamos los tres. Era mi primera carrera “oficial”. El domingo anterior hice un test de correr esa distancia por el Camino Horizontal, que estaba completamente nevado. Dos idas y vueltas me animaron a que podría completar la San Silvestre.

El día de la prueba estaba absolutamente nervioso. Los tres juntos fuimos muy bien, pero la última cuesta ya dentro de Vallecas se me atragantó, manifestando que me paraba. Arturo no lo consintió y me dio un último aliento que me permitió llegar a la meta. El tiempo, casi una hora, era lo de menos, nos preocupaba otra cosa.

Arturo y Miguel Angel decidieron correr la maratón de Sevilla, a finales de Febrero de 1.996. Me daba mucha envidia, pero no estaba preparado, aunque me brindé a acompañarles en el viaje. Junto con ellos fuimos Dori, Alberto, Iliá y yo. Les seguimos en algunos puntos del recorrido, pero desde el kilómetro 20 nos fuimos directamente a esperarles a meta, en el Parque de María Luisa. Arturo apareció, hecho una verdadera pena, sobre las 4:20. Sangraba por la espalda, por los pechos, cojeando, peor aún, arrastrando una pierna, ni siquiera nos vio a pesar de los gritos que le dimos. Miguel Angel no aparecía. No sabíamos que había pasado. Pero a los 4:42 se le vio a lo lejos, despacio pero con determinación, estaba a punto de culminar su primer maratón, otro gordito para la causa. Arturo tenía razón. Miguel Angel tampoco nos vio y entró triunfante en la meta.

Junto con Dori y los niños fuimos a esperarles a la salida, por la parte posterior de la Plaza de España. Por allí salieron los dos, hechos polvo, pero con sus espléndidas medallas de maratonistas colgando de sus cuellos. Nos abrazamos emocionadamente, pero Miguel Angel manifestó que era la primera y la última maratón. Era demasiado. De pronto, se me quedó mirando fijamente y me dijo: “Si corres la de Madrid voy contigo”.

Estaba pillado. Ahora o nunca. Quedaban dos meses. Yo sería el tercer gordito en apuntalar la particular teoría de Arturo si conseguía prepararme en los dos meses que quedaban. Seguía con un elevado peso y continuaban las molestias en la espalda. Arturo sugirió un cambio de zapatillas y empecé a preguntar a especialistas. Al final, por mi peso y mis características de pisada me recomendaron unas Saucony Grid 9000 (que por cierto costaban pesetas quince mil). Las compré y el primer día que corrí con ellas comprendí lo importante que son unas zapatillas adecuadas en esto de la carrera. Las molestias de espalda desaparecieron y, comparadas con las anteriores, era como llevar unos amortiguadores en los pies .

Estábamos metidos de lleno en el entrenamiento para la de Madrid. Nosotros tres y otro compañero, Félix, adoptamos un plan que había publicado Mapoma, la organización de la maratón de Madrid. El ambiente era formidable y un mes antes nos apuntábamos a la que sería mi segunda carrera “oficial”. Los 20 Km de Madrid, un mes justo antes de la maratón.

La carrera de los 20 Kms fue preciosa. Los nervios no me dejaron dormir la noche anterior. Nunca en mi vida había corrido esa distancia. Solo fuimos Arturo y yo. Tuve

problemas en el kilómetro 15 y tuve que andar unos 500 metros por un tirón en la pierna, pero me recuperé y acabé en 2:02. La entrada en el Estadio Vallehermoso era imponente. Arturo estaba en la puerta: “Espacio, disfruta de la vuelta, te lo mereces”. La vuelta al estadio, por la pista de tartán por la que habían corrido en años anteriores tantos y tantos atletas de élite mundial era imponente. Hacía el centro estaba esperando Mercedes que me dio el aliento definitivo para llegar.

Al domingo siguiente quedamos los cuatro, Arturo, Miguel Angel, Félix y yo, en la casa de campo, para hacer un test definitivo de cara a la maratón. Félix, conocedor de la Casa de Campo de Madrid nos llevó por sitios preciosos y desconocidos hasta completar 2 horas y 30 minutos de carrera continua. Quizá pudiera acabar la maratón .

Por fin llegó el día. No pude dormir en toda la noche. Eran muchas cosas en las que pensar. Hidratación, ropa, zapatillas, ampollas, vaselina y toda esa jerga que rodea al corredor y a la carrera y de la que poco a poco me iba enterando. Arturo nos dejó a los otros tres en los primeros kilómetros. Habíamos decidido acabarla, si podíamos, los tres juntos. Fuimos bien hasta el Km. 27, en los comienzos de la casa de campo. Ahí me llegó mi muro y paré de correr, comenzando a andar. Miguel Angel se quedó conmigo y convencimos a Félix para que se fuera, que él podía. Entre andando y corriendo lo que pudimos, animados por el Aleluya de Príncipe de Vergara, alcanzamos el retiro en 5:04. Entramos abrazados en la meta y llorando de emoción. Félix había entrado junto con su hermano y su cuñada en 4:30 en la también su primera maratón, pero Félix no estaba precisamente gordito, sino todo lo contrario Nos estaban esperando las mujeres y novias respectivas y el Sr. Duato que plasmó fotográficamente el evento. Miguel Angel, Dori, Mercedes y yo cubrimos andando como pudimos la distancia al Hotel Ritz y celebramos allí nuestra consecución aunque con pequeño problema: la comida era de buffet y había que levantarse a por ella.

Durante la carrera y al final de la misma yo también me aseguré con aquello de “*la primera y la última*”. El esfuerzo de los entrenamientos y luego la propia carrera era demasiado. La verdad es que las “secuelas” positivamente hablando, de la carrera eran imponentes. El ejercicio de autoestima, de afirmación personal, las experiencias, los momentos compartidos y vividos, los kilómetros hechos en solitario o en compañía, la sensación esa de “ganar” en la maratón (todos ganan nos habían dicho... y era verdad) y otras tantas emociones y sentimientos eran muy buenos, pero ... aún así “*una y no más*”. En los días siguientes seguimos con las carreras al mediodía, pero mucho más espaciadas. No había objetivo a la vista.

Por aquel mes de Mayo de 1.996 se inauguró en Madrid un nuevo cine IMAX con una pantalla gigante esférica. Tres semanas después de la maratón fui con Ilia y Mercedes. Proyectaban un documental sobre la resistencia humana. Imágenes de alpinismo, escalada, travesía en nieve y ... maratón. La imagen del puente Verrazano, en la salida de la maratón de Nueva York, lleno de miles de corredores, inundaba de lado a lado la pantalla esférica de tal manera que la vista no alcanzaba a verlo todo. Aquella imagen me impresionó y me dije interiormente que yo quería estar allí. No cuadraba con aquello de no más maratones, pero era tan cautivador ...

Al día siguiente lo comenté en la oficina con Miguel Angel y Arturo. Miguel Angel me sugirió abrir una cuenta especial, que yo internamente titulé NYCM-1997 y empecé desde ese mismo momento a hacer una transferencia mensual con vistas a ahorrar para estar presente en la edición de 1.997.

Por Noviembre de ese año de 1.996 anduve siguiendo todas las noticias que podía de la maratón de Nueva York. Martín Fiz quedó séptimo y por medio de internet empecé a darme cuenta de lo impresionante de las cifras que rodeaban la maratón. Más de 30.000 personas de cien países del mundo, ciento ochenta y tantos españoles... Impresionante. Bueno, al año siguiente yo estaría allí, Dios mediante.

En Enero empezamos a preparar la que sería la XX maratón de Madrid. Yo no tenía muchas ganas pues mi objetivo estaba en Nueva York el 2 de Noviembre y no me quería "quemar" en Madrid. Nos apuntamos a un entrenamiento auspiciado por Mapoma y que dirigía Mariano Rodríguez y que consistía en entrenar por libre entre semana e ir los domingos a la casa de Campo y entrenar en compañía de otros. Yo no podía ir todos los domingos pero el ambiente era inmejorable. Nos hicieron un reconocimiento médico deportivo y todo iba sobre ruedas. Se nos había incorporado otros compañeros de oficina, Ricardo y Montse, y también Carmen y Andrés, empleados de una empresa vecina a la nuestra. Sería su primera maratón. Había mas compañeros en la empresa que corrían maratón, Juan Carlos, Eduardo, ... pero estaban en otros niveles. El pequeño circuito de 1.400 metros de la vuelta al Polideportivo ya casi no lo usábamos. Habíamos ampliado el circuito al que denominábamos Cipri, de 2.800 metros y uno nuevo de 5.300 que fue bautizado como Sinesio por recorrer bastante esa calle. Ya al final recorrimos otro nuevo de unos 12,5 kms por la Dehesa de la Villa y Puerta de Hierro. Era una gozaba juntarnos cinco o seis al mediodía y trotar todos juntos por las calles del Barrio de Pilar.

Volvimos a correr , este año todos, los 20 Km. De Madrid. Es una carrera que, salvo lesiones he decidido correr "todos los años de mi vida". La distancia justa, las calles de Madrid precisas, la época... en fin una carrera preciosa para obligarse, al menos una vez por año, haya o no haya más maratones, a estar en una cierta forma.

La rodilla izquierda, con sus dos operaciones de menisco me había estado dando mucha guerra durante la preparación. Dolores e inflamaciones que remitían al llevar un rato corriendo no presagiaban nada bueno. Estaba en 93 kilos y mi altura no había variado, por lo que la relación era nefasta desde el punto de vista de la carrera.

La semana anterior a la maratón cogí un resfriado - gripe de campeonato, debido a que el sábado anterior salí a entrenar bajo una intensa lluvia. Tuve que tomar antibióticos y no llegué al día de la maratón con buenas sensaciones, pero así y todo decidí correr. Bajo los efusivos ánimos de Mercedes, Duato, Susana, Paloma, Martínez, Alberto y el público de Madrid, llegamos los cinco corredores juntos bien al kilómetro 25. Montse y Andrés habían escapado muy al principio e irían por delante. Allí, en la temible rampa de entrada a la casa de campo bajo la M-30 Ricardo sufrió un mareo y se le quedó la cara blanca. Yo me quedé con él mientras Arturo, Miguel Angel y Carmen seguían la carrera. Llegamos andando al siguiente puesto de control y allí le reanimaron con masajes y líquidos. Continuamos andando un rato. Cuando intentamos correr de nuevo, sentí un tremendo

dolor en la cara lateral externa de la rodilla derecha, la buena. Seguí intentando, pero en el Km. 30 decidí retirarme para no lesionarme gravemente. Mi objetivo era Nueva York y no Madrid. Junto con Martínez y Alberto, tomé el metro para dirigirme al retiro a aplaudir a los demás. Arturo, Miguel Angel y Carmen llegaron en 4:50 y Ricardo finalmente entró en 5:10.

En Febrero había contactado con una agencia de viajes y había formalizado mi inscripción en firme para la maratón de Nueva York de 1.997. Ya estábamos en camino con mi propia determinación y compromiso.

Decidí ir a un prestigioso médico especialista de rodilla que teníamos en los servicios médicos, aunque me presagiaba que lo que me iba a decir no me gustaría. Tras unas visitas y unas radiografías me dijo lo que yo no quería escuchar. Nada de maratones con mi edad, peso y estado de la rodilla. Bicicleta o natación. No era plan operar ni yo lo quería.

Esto chocaba frontalmente con mi ilusión de Nueva York. Tomé la decisión de, a pesar de todo, correr como fuera y luego dejarlo. Me propuse perder peso, hasta al menos 85 kgs. En el momento de la carrera. Se acercaba el verano y, en anteriores veranos, las molestias en la rodilla doblemente operada habían sido casi imperceptibles.

Pero estaba la lesión de la otra rodilla. Cuando volví a los entrenamientos, a los 12 o 15 minutos volvían los dolores y tenía que parar. Me recomendaron parar durante 20 días y que luego podría reanudar los entrenamientos. Pero al reanudarlos los dolores persistían. Me empecé a poner nervioso con la posibilidad que mi ilusión de correr en Nueva York se estuviera esfumando.

Por fortuna, una compañera de trabajo, Conchita, me habló de un fisioterapeuta en la que ella tenía mucha confianza. Me dirigí a él y me diagnosticó una “tendinitis de la fascia”. El, su equipo y seis sesiones de masaje y corrientes me pusieron de nuevo en los entrenamientos, eso sí, solo en llano y tierra o hierba.

La solución estaba en el Camino Horizontal con sus dos kilómetros y medio llanos y de tierra. También el Parque de Terreros con sus 545 metros de perímetro llano y de tierra, algo más aburrido. Al volver a correr de nuevo me di cuenta de que había perdido mucha condición física, pues me costaba trabajo correr siquiera 5 Km. Había que entrenar mucho para Nueva York y el tiempo empezaba a correr deprisa.

El “web” de la maratón de Nueva York aportaba cantidad de información sobre la carrera, planes, consejos, etc.etc. Adapté uno de los planes a mis características y el día 16 de Julio de 1.997 comencé oficialmente los entrenamientos. El verano venía de cara y los entrenamientos iban a ser en solitario, cinco días a la semana. Cuando pudiera, de día o de noche.

Felizmente las molestias de ambas rodillas no hicieron su aparición. Seguía haciendo todo el entrenamiento en tierra y llano. Pensaba que de fallar por culpa de las cuestas o el asfalto, que fuera directamente en la carrera. Salvo un par de semanas en que

cogí una fuerte colitis, el resto de los entrenamientos se desarrollaron con normalidad y metódicamente, no sin verdaderos equilibrios para encontrar las horas disponibles. Alguna semana llegué a los 70 km. Aunque lo normal era alrededor de 60, eso sí, hechos donde me pillara, de vacaciones, en casa o en el trabajo, a las 11 de la noche o las 4:30 de la madrugada. Había que cumplir con el plan con determinación y sin fisuras: había adquirido un compromiso muy importante con una persona importante: yo mismo. Tan solo una carrera “oficial” que fue la Media Maratón de Alcorcón, completada con otro maratonista amigo, Luis en un poco menos de 2 horas.

Confeccioné un pequeño programa de ordenador que suponía una “cuenta atrás” que me sorprendía cada día al conectarme por la mañana. Los días fueron bajando a gran velocidad desde los ciento y pico hasta desaparecer. Casi sin darme cuenta llegó la semana de la carrera. Las frases de ánimo y de aliento me llegaron de muchos compañeros y amigos. De palabra, por teléfono o por correo electrónico me fueron animando para conseguir el fin propuesto, que no era otro que acabar corriendo todo el trayecto y en un tiempo de 4:30.

A través del acceso por internet al web del NYC Road Runners Club comprobé mi inscripción efectiva como uno de los 202 españoles y españolas. Una muy abundante información de todo tipo, médica, de entrenamientos, consejos, etc. etc ., aparecía día tras día a través de la pantalla del ordenador.

El jueves 31 de Octubre cogí el mismo autobús de las 6:15 que uso todos los días para ir a trabajar, pero esta vez con una maleta. Luis, el conductor habitual, me preguntó que donde iba de vacaciones. Cuando le dije a lo que iba se quedó estupefacto. A la vuelta me preguntaría sobre el tema con gran cariño. Mercedes me estaba esperando en Moncloa y me llevó al aeropuerto. El vuelo era a las 12 y a las 8 de la mañana ya estaba allí. El nerviosismo iba en aumento, pues la fecha y la hora de la verdad se acercaba. Fueron llegando los otros maratonistas que iban a participar el domingo en la carrera.

Al llegar a Nueva York y en el camino al hotel fuimos apreciando que la maratón de Nueva York era otra cosa. Continuamente anunciada en los paneles de las autopistas, con banderas en las farolas, en los anuncios de los autobuses. La gente de Nueva York la iba a vivir.. Tras dejar las cosas en el hotel nos dirigimos en el metro a la Feria del Corredor. La cola para entrar era tremenda, y faltaban tres días todavía. La tienda de recuerdos de la propia maratón era inmensa, a la vez que tremendamente cara, lo que no parecía importar a los corredores que compraban y compraban camisetas, sudaderas, y todo tipo de cosas. Una organización impecable, unos stands de anuncios impresionantes en tres plantas de un gran edificio de Congresos. Recogimos nuestra bolsa con documentación y regalos y volvimos al hotel.

El viernes fue de relax y turismo, con visita a la clásica Estatua de la Libertad. Me uní a cuatro chavales vascos y pasamos un día agradable.

El sábado se celebraba la carrera de la amistad para los corredores internacionales. Nos congregamos en el edificio de la O.N.U. bajo una incesante lluvia. Todos pensábamos que no debíamos de haber ido pero allí estábamos trotando esos 7 u 8 kilómetros por las

impresionantes avenidas de Nueva York, camino de Central Park, donde nos obsequiaron con un suculento desayuno. La lluvia era intensa y en taxi volvimos al hotel a ducharnos y secarnos para evitar resfriados. La carrera era al día siguiente y todos comentamos el hecho de la lluvia esperando que al día siguiente no fuera igual.

No paró de llover durante todo el sábado. Pasamos la tarde en el Museo de Historia Natural, que estaba cerca de la fiesta de la Pasta. Sobre las 18:00 nos dirigimos a ella y apreciamos de inmediato la tremenda cola para entrar. Todo es tremendo en Nueva York y la cola de la fiesta de la pasta no iba a ser menos. Tardamos como una hora bajo una intensa lluvia, pero mereció la pena, pues pronto nos vimos sentados, sí sentados, en una gran mesa redonda, dentro de una gigantesca carpa llena de música y globos, con cuatro pantallas gigantes recordando maratones anteriores y una espléndida bandeja con tres clases de pasta, bebida, una gorra y una camiseta, continuamente atendidos por los voluntarios. Acabamos pronto para permitir que otros muchos corredores que estaban fuera en la cola accedieran al recinto y nos dirigimos al hotel para descansar.

Por fin llegó el día esperado, 2 de Noviembre de 1.997. Había que estar a las siete de la mañana en el hall del hotel, donde nos recogería un autobús para llevarnos a Puerto Wordswod lugar de concentración de corredores al otro lado del puente Verrazano sobre la bahía de Nueva York. Desayuné en el hotel, aunque luego comprobé que no habría hecho falta, pues en la concentración de la salida había todo tipo de los clásicos alimentos que se toman unas horas antes de la carrera. Pero hubo otros problemillas.

A las 7:30 ya estábamos allí. Y la carrera no empezaría hasta las 10:35. Cuestiones de organización. No llovía pero el frío y la humedad eran significativos. Es bastante difícil imaginar a 30.000 corredores allí todos metidos. Cada cual se dedicaba algo. Unos tumbados en el suelo en cartones arropados con plásticos: el estar de pié tres horas antes de la carrera no era bueno. Usamos las bolsas de dejar la ropa para sentarnos en un bordillo, beber agua y dejar pasar el tiempo, que se hacía eterno. Habían caído unas gotas pero afortunadamente no llovía, aunque el día no presagiaba nada nuevo.

Era imposible moverse. Era imposible ir a orinar. La multitud de corredores era impresionante. Una hora antes ya había que dirigirse a los camiones de la UPS a dejar la ropa que luego recogeríamos en la meta. La gente llevaba ropa y zapatillas viejas, que luego tirarían al empezar la carrera, para no estar una hora al frío. Otra buena idea de algunos era el cubrirse con grandes bolsas de plástico de basura dejando solo la cabeza fuera. Siempre se cogen experiencias para futuras carreras.

Una vez dejada la bolsa en el camión correspondiente a tu letra de apellido, empezaba la ardua tarea de encontrar tu salida, una de las tres existentes, roja, azul y verde. e “intentar” dirigirte a ella. Todavía faltaban tres cuartos de hora y ya era casi imposible moverse. Poco a poco fui avanzando hasta mi “corral” que debido a un error en el tiempo estimado estaba bastante adelante en la salida verde. Era imposible siquiera calentar un poco por que estábamos “como piojos en costura” unos contra otros. De nuevo una buena idea eran las cremas de calentamiento que se aplicaban algunos corredores previsores, desechando el tubo.



Por fin, el alcalde de Nueva York disparó el ya clásico cañonazo que daba la salida. No llovía todavía pero el día amenazaba lluvia. Nos lanzamos todos, los treinta y pico mil corredores, a inundar el puente, por tres carriles diferentes, los dos superiores y el inferior, por el que discurrieron los primeros kilómetros. Había bastante niebla, lo que dificultaba la labor de los helicópteros que intentaban tomar las mejores imágenes de la salida de la prueba. No nos dábamos cuenta, pero como era lógico no había público animando: la entrada en el puente estaba prohibida a vehículos y peatones. Se experimentaba el silencio y la soledad en medio de aquella multitud de corredores, cada cual con sus pensamientos, intentando coger un buen ritmo de carrera.

A la salida del puente, todavía la carrera con tres circuitos separados, el silencio se transformó en algarabía. El público se agolpaba en puentes y aceras, animando sin cesar a los corredores. Por momentos costaba correr ya que no había sitio físico para hacerlo.

Casi sin darme cuenta fueron pasando los kilómetros, que digo, las millas que estamos en Nueva York. Este primer discurrir de la carrera era un paseo por la historia de las razas, de las etnias: italianos, escandinavos, irlandeses, hispanos, ... Solo con ver los barrios, la gente que animaba, niños, mayores, hombres, mujeres, de toda raza, clase y condición, el espectáculo te llevaba adelante. La carrera estaba empezando y la distracción absorbía tus pensamientos. Eran continuos los avituallamientos de líquido, agua y gatorade y el público, especialmente los niños, te ofrecían la mano e incluso plátano, caramelos, chicles, etc. Toda una fiesta. Guardo un especial recuerdo al atravesar el barrio judío, donde hombres y niños asistían a la carrera. Todos parecían empleados de la misma empresa, sus gorros, sus gafas y sus tirabuzones, todos igualitos ...

Hacia la hora y media de carrera, el primer diluvio. Llovió con tanta fuerza, que como han dicho luego, fue estúpido. Que manera de llover, que cantidad, la calle era un charco puro y casi ni se veía, pero el público seguía animando y los corredores se lo tomaban casi a broma. Menuda broma..

De pronto me encontré con la pancarta que denotaba la media maratón, casi en la rampa de subida al puente Pulanski, segundo puente de la ruta.. No ponía eso de 21 y pico kilómetros sino 13,1, millas, claro está. Miré al reloj y comprobé con estupor, y a continuación preocupación que habían transcurrido, 1 hora y 50 minutos. ¡Solo una hora y 50 minutos! Iba demasiado deprisa, mas bien, muy demasiado deprisa!; me quedó claro que luego lo iba a pagar. Ralentiqué mi marcha y seguí con mis pensamientos, ya en el tercer barrio de los cinco que cubre la carrera, el barrio de Queens. Bajo la lluvia ibamos al encuentro del tercer puente y siguiente punto clave, el puente de Queensboro, que suponía un desnivel, el kilómetro 25 y la entrada en Manhattan.

Ataqué despacio la rampa del puente, tremenda, con un pequeño beneficio al correr por la pasarela inferior, lo que evitaba casi la lluvia, salvo goterones. Paso corto, ojos fijos en el suelo, cuando me quise dar cuenta esta empezando la rampa de bajada, saliendo del puente, en una curva cerrada, rebosante de público que animaba sin cesar. El no tener que buscar a nadie entre los espectadores te liberaba de fijarte con detenimiento en las caras del público. Casi sin darme cuenta... había alcanzado Manhattan.

Estaba en la tremenda, a lo ancho y a lo largo, primera Avenida, que me conduciría, con una suave pendiente al famoso barrio del Bronx, pero todavía quedaba lejos. La tremenda anchura de la calle alejaba al público de los corredores, que seguían siendo muchos todavía. Hacia el kilómetro 28 me sobrevino el temido “muro”, esas tremendas ganas de parar, de ya está bien, de andar un rato y luego seguir corriendo de nuevo ... Seguía lloviendo aunque no con intensidad.

Me vinieron a la mente todos los ánimos recibidos de amigos y compañeros, todas las horas y kilómetros de preparación, esas ganas de terminar corriendo completamente la maratón y muchos miles de pensamientos más en unos instantes. Procedí, siguiendo las instrucciones que había leído en un libro de Higdon sobre corredores de Maratón, a efectuarme un autochequeo completo antes de parar. Iba muy bien de respiración, no me dolían las piernas, no me dolía nada.. ¿que me pasaba? Era el temido muro, que había llegado. Psicológicamente le bordeé, porque no podía saltarlo y como dice el refrán “ajo y agua” y lo de agua sin segundas intenciones: a seguir corriendo que para eso estaba allí.

Animado de nuevo, por fin se acabó, dolorosamente, la primera avenida, en el puente Willis que comunica con el Bronx. Lo de dolorosamente era debido a la rejilla metálica de que estaba hecha la base del puente, y a pesar de las alfombrillas que habían colocado, los remaches de los clavos se hundían como puñales en las doloridas y castigadas plantas de los pies. Las suelas de las zapatillas parecían de papel.

El paso por el Bronx fue muy rápido, pues era de un kilómetro más o menos, lo que dio poco tiempo a observar la gente que aplaudía, todavía bajo la lluvia, pero se notaba diferencia de clase y condición. El kilómetro 30 había quedado ya atrás y mentalmente comenzábamos a “bajar” de nuevo hacía Manhattan, a través de Harlem. A la puerta de alguna Iglesia los coros de “spirituals” nos obsequiaban con sus cánticos, siempre bajo una lluvia que no cesaba. En la vuelta para rodear el Marcus Garvey Park el diluvio llegó de nuevo. Ni siquiera subiéndose a la acera se podía evitar el correr sobre un inmenso charco de agua, pues toda la calle lo era. Hubo un corredor que, en la desesperación, se tumbó en el suelo e hizo como si fuera nadando.

Central Park estaba al alcance, aunque la entrada en el mismo era una subidita terrible. Eran alrededor de cuatro horas de carrera, empapados y fríos por el agua, pero casi estaba conseguido. Seguíamos corriendo en masa, lo que parecía increíble en esos tiempos de carrera. La alegría del parque, del público que seguía animando a los corredores bajo la lluvia y las subidas y bajadas de las colinas eran a la vez castigo y alivio para los corredores, que ya apreciaban cerca el final de la aventura.

Hacia el kilómetro 39 me sobrevinieron unos tremendos calambres en las piernas, especialmente en la derecha en la que había padecido la tendinitis de la fascia. Casi se apodera de mí el pánico, solo faltaban un par de kilómetros, pero no podría llegar corriendo. Me abrí paso entre el público que se agolpaba a ambos lados en busca de una farola, para realizar unos estiramientos. Noté que la gente me miraba entre asombrada y estupefacta. Me vinieron bien y me reincorporé de nuevo a la carrera con la determinación rotunda de llegar corriendo como fuera. Al salir de nuevo, una persona del público me dio una cariñosa palmada en la espalda y me animó con el consabido ¡go, go, go!

Los calambres se redujeron un poco pero siguieron molestando ya casi hasta el final, que se veía cerca, pues por encima de los árboles se adivinaban los altos rascacielos que marcaban el final del parque. Esto fue un pequeño error, ya que la carrera salía del parque a la calle 67 para volver a entrar de nuevo por la esquina de Colón. Fui adelantando bastante gente pues veía viable llegar en el tiempo que me había propuesto, esto es, por debajo de las 4 horas y 30 minutos.

De nuevo entrada en el parque para recorrer entre vallas los pocos cientos de metros que conducían a la apoteosis final. En ese momento de acordé de Arturo, echando de menos aquel ánimo en la entrada del estadio Vallehermoso “disfruta de la vuelta, te lo has ganado” y me dispuse a disfrutar aquellos metros. Los paladeé con gran satisfacción, eleve una oración, una más dando las gracias y me dispuse, como dicen que hay que hacer, a “arreglarme” para mi entrada. Seguía lloviendo, aunque eso ya no importaba nada. Me quité la cinta del pelo, para la foto, pensé en no mirar a mi reloj para no tapar el dorsal y en el mismo segundo que otros seis ¡SEIS! corredores crucé la línea de meta en 4:27:22, cumpliendo el objetivo propuesto. Mark Robillard (40 años), Donal Paine (48), Leslie Hiller(31), Toshikiyo Hirahara(56), Kimm Richardson(51), Tish Weidman(31), y el que esto escribe(42) coincidieron en un mismo segundo bajo la pancarta de llegada, un dos de noviembre de 1997 en la maratón de Nueva York

Para darse una idea de la masificación de corredores, solo mencionar que en el minuto 27 de las 4 horas alcanzaron la meta 209 corredores/as.

Un voluntario se hacía cargo de cada corredor en la llegada, conduciéndole entre las cintas a la llegada definitiva. Una medalla en el cuello, una manta de aluminio primorosamente colocada con un cello para que no se abriera y un “congratulations” pusieron fin a esta aventura, que, gracias a Dios, acabó bien.

Lo que ocurrió después ya es parte de la historia siguiente...

==000O000==